

Título de la edición original:
Etüden im Schnee
Konkursbuch Verlag Claudia Gehrke
Tubinga, 2014

Yoko Tawada
MEMORIAS DE UNA
OSA POLAR

Esta traducción ha sido publicada con la ayuda del  *,
financiado por el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán*

Ilustración: © Mizuirokotori

Primera edición: febrero 2018

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Belén Santana, 2018

© Yoko Tawada, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2018
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7999-5
Depósito Legal: B. 1031-2018

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

1. LA TEORÍA DE LA EVOLUCIÓN DE LA ABUELA

Alguien me hizo cosquillas detrás de las orejas, bajo las axilas, yo me encogí, me convertí en luna llena y rodé por el suelo. Tal vez grité mientras tanto, con voz ronca. Después estiré el trasero apuntando hacia el cielo y escondí la cabeza bajo la tripa: entonces fui media luna; era todavía demasiado joven para concebir el peligro. Sin dudar, abrí el ano hacia el cosmos y lo noté en las entrañas. Si por aquel entonces hubiese hablado de «cosmos» se habrían reído de mí: era todavía tan pequeña, tan inocente, tan nueva en este mundo. De no ser por el suave pelaje, apenas me distinguía de un embrión. Aún no sabía andar, pero tenía las zarpas delanteras lo bastante desarrolladas como para lanzarme a agarrar y a sujetar cosas. Aunque avanzaba con cada tropezón, dudo que a aquello se le pudiera llamar andar. Mi campo visual estaba siempre cubierto de una nebulosa, en el interior de mi oído había eco. Todo lo que veía u oía tenía unos contornos difusos. Mi voluntad de vivir residía básicamente en las garras y en la lengua.

 Mi lengua aún recordaba el sabor de la leche materna. Me llevaba a la boca el índice de aquel hombre y lo suc-

cionaba, me resultaba tranquilizador. Los pelos que le crecían en el dedo eran como las cerdas de un cepillo para zapatos. El dedo se iba arrastrando por el interior de mi boca como un gusano, pinchaba. Después, el hombre me dio un empujoncito en el pecho, invitándome a pelear.

Agotada tras la hora de recreo, extendí las dos garras delanteras en el suelo y apoyé en ellas la barbilla, una postura en la que me encantaba esperar hasta que llegase la siguiente comida. Somnolienta, me lamí mis propios labios y regresó el sabor a miel, aunque solo la hubiese probado una vez en mi vida.

Un día, el hombre me ató unos objetos extraños a las patas. Traté de sacudírmelos, pero no lo logré. Mis zarpas delanteras, desnudas, notaban dolor, como si el suelo las pinchara desde abajo. Levanté la derecha e inmediatamente después la izquierda, pero no pude guardar el equilibrio y caí hacia delante. Al tocar el suelo los dolores volvieron. Me alejé de él, mi tronco se estiró hacia arriba y hacia atrás, durante unos segundos logré mantener la vertical. En un suspiro volví a caer, esta vez sobre la zarpa izquierda. Dolía, por eso traté nuevamente de alejarme del suelo. Tras varios intentos conseguí guardar el equilibrio sobre dos patas.

Escribir: una actividad inquietante. Al mirar fijamente la frase que acababa de apuntar sentí un mareo. ¿Dónde estoy? He entrado en mi propia historia y he desaparecido de aquí. Para regresar, aparté la mirada del manuscrito y dejé que avanzase hacia la ventana hasta que por fin volví aquí, al presente. Pero ¿dónde es aquí y cuándo es ahora?

La noche ya había alcanzado su máxima profundidad. Yo estaba junto a la ventana de la habitación del hotel, mirando hacia una plaza que me recordaba el escenario de

un teatro, tal vez por la luz circular que una farola arrojaba a su alrededor. Un gato partió el círculo de luz en dos, con su andar sinuoso. En el vecindario reinaba un silencio transparente.

Ese día había asistido a un congreso; al acabar, todos los participantes estaban invitados a una copiosa cena de gala. Por la noche, cuando volví al hotel, me entró una sed osuna y bebí agua con avidez, directamente del grifo, pero el sabor a sardinas en aceite no me abandonaba. Vi en el espejo mi boca manchada de rojo, la obra maestra de aquella remolacha. No solía comer tubérculos voluntariamente, pero si veía una remolacha flotando en un *borsch*, me moría por besarla. Junto a unos hermosos ojos de grasa, que despertaron en mí las ganas de comer carne, la remolacha tenía un aspecto irresistible.

Los muelles chirriaron bajo mi peso osuno. Sentada en el sofá del hotel, pensé que aquel no era más que otro congreso aburrido, pero que me había devuelto inesperadamente a la infancia. Por cierto, el tema de debate de ese día había sido «La importancia de las bicicletas para la economía de la nación».

Cualquiera, sobre todo un artista, habría dado por hecho que cuando lo invitan a un congreso le están tendiendo una trampa. Por ello, la mayoría de los participantes prefería no intervenir, a menos que los obligaran. Pero yo me ofrecí voluntaria, y de manera consciente, elegante, natural y sin rodeos levanté la zarpa derecha. Todos los presentes en la sala me miraron. Estaba habituada a atraer la atención de los espectadores.

Mi tronco suave y recio estaba cubierto de un precioso pelaje blanco. Cuando adelanté ligeramente el tórax, junto con el brazo derecho que tenía en alto, se desprendió un polvo de luz embriagadora. De pronto fui el centro de

la acción, mientras las mesas, las paredes y también los asistentes comenzaban a palidecer y se retiraban a un segundo plano. La blancura brillante de mi pelaje se distinguía del blanco habitual. Era transparente. Así, la luz del sol atravesaba el pelo y llegaba a mi piel, bajo la cual quedaba cuidadosamente almacenada. Ese es el color que mis antepasados consiguieron para sobrevivir en el círculo polar ártico.

Para expresar una opinión es necesario que el moderador te vea. Para ello hay que levantar la mano rápidamente, más deprisa que los demás. No había nadie capaz de alzar la mano en un congreso tan deprisa como yo. «Se nota que le encanta expresar su opinión.» Una vez tuve que oír ese comentario irónico. Reaccioné de forma escueta: «¿No es ese el principio básico de la democracia?» Sin embargo, ese día me di cuenta de que no era mi libre albedrío, sino una especie de acto reflejo, lo que me hacía elevar rápidamente la zarpa. Este descubrimiento fue como una puñalada en el pecho, traté de ahuyentar el dolor y de recuperar mi ritmo, que consistía en un compás de cuatro tiempos: el primero era el tímido «adelante» del moderador; el segundo llegaba con la palabra «yo». Estampé esa palabra sobre la mesa. Al tercer tiempo todos los asistentes tragaron saliva, y en el cuarto osé dar un paso valiente y pronunciar con voz clara la palabra «pienso». Para que todo tuviera un poco más de *swing*, acentué sin dudarle el segundo y el cuarto tiempo.

No había previsto bailar, pero mi cintura comenzó a moverse de un lado a otro en la silla. El mueble enseguida le siguió el juego y empezó a chirriar con agrado. Cada sílaba tónica era como un golpe de pandereta que acompañaba mi discurso. Los espectadores me escuchaban como hechizados, abstraídos de sus obligaciones, de su vanidad

y de sí mismos. Los labios de los hombres colgaban flácidos, sus dientes mostraban un brillo blanco y cremoso, de la punta de la lengua les caían gotas de algo que parecía su carnalidad, licuada en forma de saliva.

«La bicicleta es, sin lugar a dudas, el invento más extraordinario de la historia de nuestra civilización. Es la flor del escenario circense, la heroína de toda política medioambiental. En un futuro próximo, todas las grandes ciudades de este mundo habrán sido conquistadas por las bicicletas. Y no solo eso: todos los hogares tendrán un generador propio conectado a una bicicleta. Se hará ejercicio al tiempo que se producirá electricidad. También se puede coger la bicicleta para visitar espontáneamente a los amigos en lugar de llamar antes por el móvil o enviarles un correo electrónico. Si empleamos la bicicleta de un modo multifuncional, muchos aparatos electrónicos se volverán superfluos.»

Vi cómo algunos rostros se cubrían de nubes oscuras. Puse más énfasis aún y continué: «Iremos en bicicleta hasta el río y haremos allí la colada. Iremos en bicicleta al bosque para recoger leña. Ya no necesitaremos la lavadora, no tendremos que usar electricidad o gas para calentar la casa ni para cocinar.» Algunas caras se divertían con mis disparates y mostraban discretas arrugas al sonreír, mientras que otras se petrificaban en gris oscuro. No pasa nada, me insuflé ánimos, ¡no te amilanes! No prestes atención a esos muermos. ¡Relájate! No hagas caso a ese público de pega, imagina cientos de rostros radiantes ante ti y sigue hablando. Esto es un circo. Todos los congresos son un circo.

El moderador carraspeó displicente, como queriendo demostrar que en modo alguno bailarían a mi son. Luego intercambió unas miradas íntimas con el funcionario bar-

budo que estaba a su lado. Recordé que ambos habían entrado en la sala hombro con hombro. El funcionario, delgado como un clavo, llevaba un traje negro mate, aunque no estaba en un entierro. Comenzó a hablar sin haber pedido la palabra: «Rechazar el automóvil e idolatrar las bicicletas es un tipo de culto sentimental y decadente que ya conocemos por otros países occidentales. Los Países Bajos son un buen ejemplo. Pero lo más urgente es promover la cultura de las máquinas. Debemos conectar los centros de trabajo con los hogares de un modo racional. Las bicicletas generan la ilusión de que se puede ir a cualquier sitio en cualquier momento, según las ganas. Una cultura ciclista podría ejercer una influencia preocupante en nuestra sociedad.» Levanté la mano para rebatir el argumento, pero el moderador hizo caso omiso y anunció el descanso para comer. Abandoné la sala sin cruzar palabra con nadie y salí rápidamente del edificio, como una colegiala que corre al patio de la escuela.

De niña era la primera en salir disparada al recreo. Por aquel entonces, aún estaba en el parvulario. Corría hasta el último rincón del patio y hacía como si aquel pequeño lugar del planeta tuviese un significado especial. En realidad, no era más que un sitio húmedo y sombrío, emplazado bajo una higuera, donde unos ciudadanos desaprensivos solían depositar la basura a escondidas. Ningún niño se acercaba allí excepto yo, lo cual me parecía bien. Una vez, un niño decidió esconderse detrás de la higuera con idea de gastarme una broma y sorprenderme por la espalda. Lo arrojé por encima de mi hombro. Fue un mero instinto defensivo, no hubo mala intención; pero como yo era de complexión fuerte, el niño salió volando.

Más tarde me enteré de que los otros niños me llamaban «morro picudo» o «niña de nieve». Jamás habría sabi-

do de estos moteos si uno de los niños no se hubiese chivado. Al hacerlo, el crío simuló estar de mi parte, pero su corazoncito infantil tal vez disfrutara haciéndome daño. Hasta entonces nunca me había planteado cómo me veían los otros niños. La forma de mi nariz y el color de mi pelo se distinguían de los de la mayoría. No caí en ello hasta que supe de los apodos.

Junto al centro de congresos había un parque tranquilo, con bancos blancos. Elegí uno que estaba a la sombra. A mis espaldas se oía un murmullo, probablemente un arroyo. Los sauces, aburridos, sumergían una y otra vez sus finos dedos en el agua, elegantes y astutos, tal vez quisieran jugar con ella. Sus ramas estaban moteadas de brotes verde claro. La tierra que había bajo mis pies se ahuecó: no era obra de un topo, sino de uno de los crocos. Algunos eran especialmente atrevidos y osaban emular a la Torre de Pisa. Me picaba el oído. ¡Nada de hurgarse! Esa era una regla que jamás contravenía, al menos entonces, cuando aún trabajaba en el circo. Ahora bien, el picor no se debía al cerumen, sino al polen y al canto de los pájaros, que picoteaban semicorcheas sin descanso. La primavera rosada me sorprendió, presentándose sin previo aviso. ¿Qué clase de truco habrá empleado para llegar a Kiev tan pronto y tan en secreto, con semejante delegación de flores y de pájaros? ¿Llevará semanas tramándolo? ¿Era yo la única que no se había dado cuenta por estar demasiado ocupada con el invierno, que se había adueñado de mi conciencia? No me gusta hablar del tiempo, por eso muchas veces no me entero cuando pronostican un cambio importante. En su día la Primavera de Praga también me pilló por sorpresa. Nada más caer en el topónimo «Praga», mi corazón comenzó a latir con más intensidad. Quién

sabe, a lo mejor está a punto de producirse un cambio meteorológico aún más brusco y yo soy aquí la única que no tiene ni idea de lo que va a ocurrir.

La tierra helada se derritió y lloró ciego. Por la nariz que me picaba salió una babosa de moco. Las lágrimas manaban de la mucosa inflamada alrededor de mis ojos. En una palabra: la primavera es época de duelo. Algunos dicen que los rejuvenece, pero quien se vuelve más joven regresa a la infancia, y eso puede ser molesto. Mientras pudiese enorgullecerme de ser la primera en expresar mi opinión en cualquier congreso, me sentía bien. No quería saber por qué movía la mano con tanta rapidez.

No tenía ningún ansia de conocimiento, pero la leche derramada del saber ya no regresaría a su botella de cristal. El más dulce aroma a leche emergió del mantel, y lloré por mi primavera. La infancia, esa miel amarga, agujoneó mi lengua. Siempre era Iván el que me preparaba la comida. No tenía ningún recuerdo de mi madre. ¿Adónde se había ido?

Por aquel entonces, no sabía cómo llamar a esa parte del cuerpo. La quemazón cesaba en cuanto la encogía, pero era más bien un acto reflejo. Sin embargo, no lograba mantener el equilibrio durante mucho tiempo. Volvía a caer hacia delante. Apenas esa parte del cuerpo entraba en contacto con el suelo, el dolor regresaba.

Oía a Iván gritar «¡Ay!» cuando se golpeaba la espinilla contra una columna o cuando le picaba una avispa. Así aprendí que esa expresión correspondía a una sensación determinada de una persona. Yo creía que era al suelo al que le dolía y no a mí. Era el suelo y no yo lo que debía cambiar para que los dolores cesaran.

Impulsada por el dolor, empujaba el suelo lejos de mí para poder eruir el tronco. Tensaba la columna como si

fuese un arco, pero no lograba mantener la postura durante mucho tiempo. Acababa cediendo y volvía a estar a cuatro patas. Si empujaba con más fuerza, me caía de lado y hacia atrás. ¡Cuántas veces lo intenté hasta que conseguí permanecer un rato de pie, sobre dos patas!

Después de la cena oficial regresé al hotel y escribí hasta este punto. La escritura no era una actividad que me resultase familiar. El cansancio se apoderó de mí y me quedé dormida sobre el escritorio. Cuando desperté a la mañana siguiente, sentí que en el transcurso de la noche había envejecido. Ahora comienza la segunda mitad de la vida. Si esto fuese una carrera de fondo, ahora vendría el punto de inflexión; tengo que dar media vuelta, mi meta es la línea de salida. Allí donde el dolor había comenzado, también acabará.

Iván cogió un trozo de sardina de la lata, lo machacó en un mortero, le añadió un chorrito de leche y me lo ofreció. Era una elaboración especial, solo para mí. Si yo dejaba algún pequeño esputo, él enseguida venía a limpiarlo con la pala y el recogedor. Jamás me regañaba, de su boca no salía la más mínima queja. Para Iván, la limpieza era la máxima prioridad. Todos los días venía con una manguera larga y bamboleante y un cepillo especial para limpiar el suelo. A veces me apuntaba con la manguera. Lo que más me gustaba era que me rociasen con agua helada.

Eran pocas las veces que Iván no tenía nada que hacer. Entonces se sentaba en el suelo, se colocaba la guitarra en el regazo, pellizcaba las cuerdas y empezaba a cantar. Una melodía triste, proveniente del último callejón húmedo, se tornaba de pronto en un ritmo bailable, para luego acabar

sumida en el abismo de un lamento infinito. Yo era toda oídos, algo se despertaba en mí, tal vez la nostalgia incipiente de tierras lejanas. Me atraían los lugares remotos y jamás vistos, me sentía dividida entre allí y aquí.

En ocasiones la mirada de Iván se topaba con la mía y, al segundo, yo ya estaba en sus brazos. Él me estrechaba la cabeza contra su cuello, acariciaba su mejilla contra la mía. Me hacía cosquillas, me hacía rodar por el suelo y se abalanzaba sobre mí.

Desde que había vuelto de Kiev pasaba todo el tiempo en una habitación de Moscú, avanzando en mi texto a base de zarpazos. Mi cabeza se inclinaba sobre el papel de cartas que había cogido del hotel sin permiso. Redibujaba continuamente el mismo periodo de mi infancia, pero no lograba avanzar. Los recuerdos iban y venían como olas en la playa. Cada ola se asemejaba a la anterior, pero ninguna era idéntica a la otra. Para mí no había otro camino que describir varias veces la misma escena, sin saber a ciencia cierta cuál sería la definitiva.

Durante mucho tiempo no entendí el significado de todo aquello. Estaba en una jaula y, por tanto, yo era parte del escenario, nunca un espectador. Si en algún momento hubiese salido, habría visto la estufa instalada bajo la jaula. Habría visto cómo Iván introducía la leña y la prendía. Puede que también hubiese visto el gramófono, con su enorme bocina negra, colocado en un soporte detrás de la jaula. Cuando el suelo de la jaula se calentaba, Iván dejaba caer la aguja sobre el disco. Una fanfarria hacía añicos el aire, como si fuese un puñetazo contra un cristal, y mis zarpas delanteras enseguida notaban la quemazón. Yo me erguía y el dolor cesaba.

Ese mismo juego se repitió durante días y semanas. Al final llegué a un punto en que me erguía automáticamente al oír la fanfarria. Por aquel entonces no tenía conciencia de lo que significaba «estar de pie», pero sabía perfectamente con qué postura evitaba el dolor, y ese conocimiento, sumado a la orden que me daba Iván de «¡Arriba!» y a la vara que él sostenía en alto, se grabaron conjuntamente en mi cerebro.

Aprendí expresiones como «Arriba», «Bien» y «Otra vez». Creo que los extraños objetos atados a mis patas eran unos zapatos especiales que impedían el paso del calor. Mientras me mantuviese sobre los cuartos traseros no me dolería, por más que el suelo ardiera. Una vez que la fanfarria había concluido y yo permanecía estable sobre dos patas, venía el azucarillo. Primero Iván pronunciaba claramente la palabra «azucarillo» y luego me metía el terrón en la boca. La palabra «azucarillo» fue para mí la primera forma de denominar aquel dulce placer que se derretía en mi lengua cuando acababa la fanfarria y me ponía de pie.

De repente, Iván estaba a mi lado, mirando el texto desde lo alto. «Iván, ¿cómo estás? ¿Qué tal te ha ido desde entonces?» Quise hacerle estas preguntas, pero mi voz se apagó. Mientras hacía varias respiraciones profundas, la figura de Iván desapareció sin hacer ruido. Dejó tras de sí un calor corporal que me resultó familiar y una ligera quemazón en mi piel. Me costaba seguir respirando normalmente. Iván, tanto tiempo muerto dentro de mí, volvía a la vida porque yo había escrito sobre él. Las garras de un águila invisible me aferraron por el pecho, no podía seguir respirando, pensé que debía beber de inmediato esa agua transparente y sagrada para liberarme de aquella presión

insoportable. Por entonces no era fácil conseguir un buen vodka en la ciudad, ya que el que había principalmente se exportaba para atraer divisas extranjeras. La portera del sucio edificio donde vivía presumía de sus contactos, que en ocasiones le suministraban productos de lujo. Yo sabía que a veces escondía una botella en el armario.

Salí a toda prisa del piso, bajé rodando las escaleras y abordé a la portera para preguntarle si tenía el liquidito en cuestión. En su rostro asomó una sonrisa extraña que me recordó la escritura cuneiforme de los sumerios. Frotando indecorosa el índice contra el pulgar, me preguntó:

—¿Te han dado...?

—¡No! ¡No tengo divisa extranjera! —respondí irritada.

Tras desvelar con una expresión fría y seca, como era «divisa extranjera», el dulce y estimulante secreto que ella pretendía compartir conmigo en la intimidad, la portera se sintió ofendida y me dio la espalda. Debía retomar la conversación a toda costa.

—Lleva usted un peinado nuevo. Le favorece mucho.

—Vaya, ¿lo dice por estos pelos? Anoche dormí en una mala postura.

—¿Y esos zapatos? Son preciosos.

—Ah, los zapatos... ¿Se ha fijado? Pues no los he comprado, me los han regalado unos parientes. A mí me gustan.

Aunque mis cumplidos sin duda sonaban a torpes halagos, la portera se mostró dispuesta a reconocer mi buena intención. Su mirada volvió a mí, arrastrándose como un gusano gordo y peludo.

—Pero si usted casi no bebe. ¿A qué viene ese repentino interés por mi vodka?

—He recordado mi infancia, aunque en realidad había olvidado todo hacía tiempo, y ahora siento angustia. Me cuesta mucho respirar.

—¿Y ha recordado algo desagradable?

—No, quiero decir..., todavía no sé si es desagradable o no. De momento solo me cuesta respirar.

—No debería beber para olvidar. Si lo hace, acabará como aquel pobre funcionario que vivía encima de usted.

Recordé aquel momento en que algo pesado impactó contra los adoquines frente al edificio; aquello sonó mucho más pesado que el cuerpo de un hombre adulto. Volví a oír el golpe, se me puso la piel de gallina.

—Si lo que quiere es conservar sus vivencias, sería mejor que llevara un diario.

Esa sugerencia me sorprendió: sonaba demasiado intelectual, impropia de aquella portera. Insistí y me confesó que una semana antes había leído la traducción al ruso de *Sarashina Nikki*, una obra maestra de la literatura medieval japonesa en forma de diario. La había conseguido gracias a un buen contacto y a pesar de su reducida edición —limitada a cincuenta mil ejemplares—, que, además, llevaba tiempo agotada solo con las reservas. El orgullo con que la portera presumía de sus contactos sociales era probablemente la única razón para haber leído el libro.

—Atrévase a escribir, como la autora de ese diario.

—Pero yo pensaba que en un diario se escribe lo que ocurre un día concreto. Lo que quiero es utilizar la escritura para revivir lo que no logro recordar.

La portera me escuchó y, como de pasada, me dio otra idea:

—¡Entonces escriba una autobiografía!

Hubo razones que me llevaron a abandonar mi carrera artística y a pasar mi valioso tiempo en congresos soporíferos. Cuando era la máxima estrella de nuestro circo, una vez tuvimos que montar un espectáculo nocturno con un

grupo de baile cubano. La idea original era alternar las actuaciones sin hacer una verdadera síntesis, pero la colaboración tomó un cariz inesperado. Me enamoré del estilo de baile latinoamericano y quise aprenderlo para incluirlo en mi repertorio. Me apunté a un curso intensivo de bailes latinos y practiqué con mucho empeño. Demasiado. Tras pasar horas y días cimbreado apasionadamente las caderas, mis rodillas acabaron tan perjudicadas que fui incapaz de hacer una sola acrobacia. Me había vuelto inútil para el circo. En circunstancias normales me habrían sacrificado, pero por suerte me trasladaron a las oficinas para que trabajase de secretaria.

Jamás habría pensado que estuviese dotada para un puesto administrativo, pero en el departamento de personal no pasaban por alto ni una sola habilidad de los empleados, siempre y cuando pudieran ponerla en práctica y sacarle algún rendimiento. Es más, me atrevería a decir que era una oficinista nata. Mi nariz podía distinguir las facturas importantes solo por el olor. Mi reloj interno siempre iba en hora, con lo que nunca necesitaba consultar otro para ser puntual. En el momento de calcular el salario, no me torturaba haciendo números, me bastaba con ver las caras de los implicados para saber cuál era su caché. Si me lo proponía, obtenía el visto bueno del jefe para cualquier proyecto, por utópico que fuese. Mi boca dominaba el arte de masticar previamente un plan difícil de digerir, para después transmitirlo de un modo convincente.

Había bastantes tareas que podía desempeñar relacionadas con el circo y con el cuadro de baile: organizar las giras por el extranjero, llevar todo el trabajo de prensa, convocar nuevas plazas, gestionar todo el papeleo administrativo y, en especial, acudir a congresos.

Estaba satisfecha con mi nueva vida hasta que empecé a escribir la autobiografía. De repente, perdí las ganas de asistir a congresos. Cuando estaba en mi habitación, lamendo la punta del lápiz, nada me habría gustado más que seguir así, no ver a nadie durante todo el invierno y avanzar en la autobiografía. La escritura no se diferenciaba mucho de una hibernación. A ojos de los demás tal vez pareciese somnolienta, pero en el interior de mi osera cerebral había alumbrado mi propia infancia, a la que fui criando en secreto.

Justo estaba absorta chupando el lápiz cuando recibí un telegrama en el que se me convocaba a una reunión al día siguiente. El debate versaría sobre «Las condiciones laborales de los artistas».

Las reuniones son como los conejos: la mayoría de las veces solo sirven para concluir que hay que celebrar otra reunión. Se multiplican rápidamente. Y si no se hace nada para remediarlo, se vuelven tan numerosas que no somos capaces de satisfacer la demanda, por más que cada uno sacrifique a diario la mayor parte de su tiempo con más reuniones. Tenemos que inventar algo para suprimirlas. De lo contrario, nuestros traseros se volverán planos de pasar tanto tiempo sentados y, además, todas las organizaciones e instituciones acabarán colapsando por el peso de nuestras posaderas. Cada vez más personas emplean su cerebro básicamente para pergeñar un motivo creíble que les permita excusar su asistencia a la siguiente reunión. Así, el virus de la excusa se propaga con mayor rapidez que la más virulenta de las gripes. Además, todos los parientes reales y ficticios tienen que morirse varias veces para que su entierro pueda servir de disculpa. Yo carezco de familiares a los que condenar a una muerte ficticia, y mi propia naturaleza me hace inmune a cualquier tipo de gripe, así que no tenía

excusa. El tiempo transcurría y yo me iba perdiendo en la agenda, renegrida por el moho de las citas.

Además de las reuniones y de los congresos, también debía acudir a las recepciones oficiales, atender a los invitados del circo y participar en almuerzos de trabajo. Todas estas funciones hicieron que me pusiese cada vez más rolliza, eso fue lo único positivo de mi nueva vida. En lugar de bailar sobre un escenario estaba en una sala de reuniones, sentada en un cómodo sillón; después me pringaba los dedos con unos *pirogui* grasientos, tomaba un sustancioso *borsch* y engullía cucharadas de caviar negro y brillante, con lo cual acabé acumulando todo un arsenal de grasa.

Habría seguido así de no haber sido porque la primavera me pilló por sorpresa y me estremeció. Y allí estaba yo, como quien se cae desde lo alto de una escalera. Una no piensa que si se sube a revisar el tejado el primer día de primavera la casa entera va a desplomarse. Una organización impecable, un autorretrato heroico en bronce, un ánimo estable y sin altibajos, un ritmo de vida regular..., todo aquello estaba al borde del colapso y yo no intuía nada. No sería inteligente permanecer en un barco que se hunde, mejor tirarse al agua y empezar a mover las extremidades. Esa fue la primera vez que rechacé la invitación a participar en una reunión. Temí ser aniquilada por decir no, pues quien desatendía sus obligaciones perdía el derecho a existir, pero ya por aquel entonces las ganas de continuar con mi autobiografía triplicaban el miedo a que me exterminasen.

Escribir una autobiografía me resultaba extraño. Hasta entonces había empleado el lenguaje fundamentalmente para transmitir una opinión a otros. Ahora el lenguaje permanecía a mi lado y me rozaba zonas sensibles. Era como si estuviese haciendo algo prohibido. Me avergonzaba de

ello, no quería que nadie leyese la historia de mi vida. Pero cuando vi las páginas repletas de letras, sentí la necesidad de mostrárselo a alguien, una sensación tal vez comparable con el orgullo que siente un niño al exhibir su producto pestilente. Una vez entré en el piso de la portera justo cuando su nieta estaba enseñando a los adultos la bola de pasta marrón que acababa de producir. Todavía humeaba. En aquel momento me escandalicé, pero ahora comprendo el orgullo que sentía la niña. Ese excremento era el primer logro que la pequeña había alcanzado sin ayuda externa, y no había razón para reprobar su contenido.

Pero ¿a quién iba a enseñar yo mi producto? Desconfiaba de la portera. Su amistad era sincera en gran medida, pero su trabajo consistía en espiar a los inquilinos. Yo no tenía padres, y mis compañeros quedaban descartados, puesto que me evitaban siempre que podían. Amigos tampoco tenía.

Pensé en un hombre al que llamaban «León Marino». Era editor de una revista literaria. Cuando mi carrera artística todavía estaba en su etapa más brillante, él había sido uno de mis admiradores; solía venir a verme al camerino con un exuberante ramo de flores.

León Marino se parecía más a una foca que a un león marino, pero ese era su apodo y así debo llamarlo, ya que, con el tiempo, he olvidado su nombre real. Al parecer, ya la primera vez que me vio sobre el escenario le entró una fiebre tremenda. Afirmaba estar perdidamente enamorado de mí. Tras acudir por enésima vez al camerino, me confesó su deseo de compartir almohada conmigo, aunque sabía que la naturaleza había querido que nuestros cuerpos fuesen incompatibles.

También yo me había dado cuenta a la primera de que nuestros cuerpos no encajaban en el terreno sexual: el

suyo era húmedo y resbaladizo, mientras que el mío era seco y áspero. En su caso, todo lo que rodeaba la barba era de complejión fuerte, mientras que las puntas de sus cuatro extremidades tenían un aspecto enclenque. En mi caso, por el contrario, la fuerza se concentraba en la punta de los dedos. Él era calvo de nacimiento, mientras que yo estaba cubierta de un pelo grueso desde la cabeza hasta las zonas más íntimas. Jamás habríamos hecho buena pareja. Sin embargo, una vez nos besamos. Fue como si un pez diminuto se revolcara dentro de mi boca. León Marino tenía una hilera de dientes escabrosos, pero eso era lo que menos me molestaba, pues enseguida reconocí su verdadera masculinidad al comprobar que no tenía caries. Eso sí lo supe apreciar. A la pregunta de por qué no tenía ningún diente podrido me respondió que no comía cosas dulces. Eso para mí era algo prácticamente irrenunciable. ¿Qué habría de escoger como metáfora de la mejor parte de mi vida si no hubiese nada dulce?

No lo había visto desde hacía mucho. Para dar señales de vida, cada cierto tiempo me enviaba el catálogo de la editorial, donde figuraba su dirección. Hice acopio de valor y decidí sorprenderlo presentándome de improviso.

La oficina de la editorial, que se llamaba Estrella Polar, estaba en el extremo sur de la ciudad. Desde fuera nada permitía adivinar que en aquel edificio hubiese algo parecido a una editorial. En el vestíbulo había un hombre joven fumando. Con gesto adusto, me preguntó qué se me había perdido en aquel lugar. Apenas hube pronunciado las palabras «León Marino» me pidió que lo siguiera y, como si fuese un robot, me precedió hasta que accedimos a un pasillo. De las paredes colgaban jirones de papel medio despegado, como piel abrasada. Nos fuimos adentrando en el edificio y, al final del pasillo, llegamos a una

puerta verde, tras la cual había una habitación sin ventanas. El techo era bajo, las hojas de varios manuscritos apilados estaban amarillentas.

León Marino me miró y, de repente, giró la cabeza, como si le hubiese propinado una bofetada.

—¿Qué haces tú aquí? —me preguntó fríamente. Fue en ese momento cuando caí en la cuenta de que en este mundo no hay nada más peligroso que un viejo admirador. Demasiado tarde. Allí estaba yo, una pobre y antigua estrella de circo, con mi obra virgen, indefensa ante un editor sediento de sangre. Había bailado muchas veces sobre una pelota gigante, montado en un triciclo y en una motocicleta circenses, pero publicar una autobiografía era una acrobacia mucho más arriesgada.

Abrí el bolso con cuidado, saqué las hojas atestadas de letras y las puse sobre la mesa sin mediar palabra. Su mirada interrogante se detuvo unos momentos en mi nariz. Al ver las letras del manuscrito, León Marino se ajustó las gafas y leyó el texto. Las gafas eran de montura redonda, él mantuvo la espalda encorvada sobre el papel. Leyó la primera página, luego la segunda. Cuanto más leía, con mayor entusiasmo brillaban sus ojos, aunque quizá solo fuesen imaginaciones mías. Tras leer varias páginas se acarició la barba y abrió las fosas nasales de par en par.

—¿Esto lo has escrito tú? —me preguntó con voz temblorosa.

Asentí. Entonces él frunció el ceño y, como quien se pone una máscara, adoptó una expresión de cansancio.

—Voy a quedarme con el manuscrito. Si te soy sincero, estoy un poco decepcionado por su brevedad. A lo mejor te apetece seguir escribiendo y me traes la continuación la próxima semana...

Yo no dije nada, y mi silencio lo envalentonó:

—Y si me permites decirte algo más, ¿no tienes otro papel mejor que este? ¿Lo has robado de algún hotel? ¡Pobrecilla! Llévate el mío si quieres.

Me dio un montón de folios suizos con los Alpes como marca de agua, además de un bloc y una pluma Mont Blanc.

Corrí a casa, y en una de las hojas del lujoso papel que acababa de conseguir escribí: «Cuando logré sostenerme sobre dos patas, ya le llegaba a Iván por el ombligo.» Con el plumín metálico iba raspando la delgada superficie de fibras vegetales del papel. Me resultaba tan placentero como rascarme la espalda cuando me picaba.

Un día, Iván apareció montado en un extraño vehículo. Dio varias vueltas, se bajó y me puso entre las piernas aquella cosa que él llamaba «triciclo». Mordí el manillar de aquel nuevo medio de transporte: el material era todavía más duro que los trozos de pan gris que Iván me arrojaba de vez en cuando. Me senté en el suelo e inspeccioné el triciclo. Iván me permitió jugar durante un rato, después me volvió a poner el triciclo entre las piernas. Esta vez me quedé sentada en el sillín y me dieron un azucarillo como recompensa. Al día siguiente, Iván me colocó los pies sobre los pedales. Empujé, tal y como él me indicaba con la mano, y el vehículo avanzó ligeramente. Después me dio un azucarillo. Yo pedaleaba y me daban azúcar. Otra vez a pedalear y otro azucarillo. Por mí habría seguido así eternamente, pero llegó un momento en que Iván me quitó el triciclo y dio la jornada por concluida. Al día siguiente se repitió la jugada y lo mismo ocurrió en días sucesivos, hasta que llegó uno en el que me monté voluntariamente en el triciclo. Una vez que hube entendido los principios básicos, la clase de conducir no me resultaba complicada.

Sin embargo, con el triciclo también tuve una experiencia atroz. Una mañana Ivánapestaba: era una mezcla asquerosa de perfume y vodka. Sintíendome traicionada y pisoteada, lancé el triciclo contra Iván, que lo esquivó hábilmente y me gritó, mientras sus brazos giraban en el aire como dos ruedas completamente autónomas. Esa vez no hubo azucarillo, sino latigazos. Pasó mucho tiempo hasta que, al fin, comprendí que había tres categorías de actividades. Las que pertenecían a la primera categoría eran las que me reportaban azúcar. Con las de la segunda categoría no obtenía nada: ni azucarillos ni latigazos. Por las actividades de la tercera categoría era generosamente recompensada con varios latigazos. De ese modo, fui clasificando cada nueva actividad según esas tres categorías, como hace un funcionario de correos con los envíos.

Así finalicé esa parte de la autobiografía y llevé el manuscrito a León Marino. Fuera soplabá un viento fresco, pero en la editorial no corría el aire, olía al humo frío de los cigarrillos soviéticos. Sobre el escritorio vi unos platos llenos de huesos, probablemente alitas de pollo; detrás estaba León Marino, moviendo hábilmente un palillo, como un pajarito que menea el pico. De postre le serví mi manuscrito, con una caligrafía muy apretada. Tras devorarlo con avidez, profirió una tos seca, bostezó y dijo:

—Es demasiado corto. ¡Escribe más!

Su tono arrogante me molestó.

—La extensión es solo cosa mía. ¿Qué me darás si escribo más?

Mi antiguo orgullo de estrella circense había vuelto repentinamente. León Marino se mostró irritado, no contaba con que yo pudiera exigirle nada. Con dedos nerviosos

abrió uno de los cajones, cogió una tableta de chocolate, me la dio y añadió el siguiente comentario:

—Es un producto excelente de la RDA. Yo no como dulces. Puedes quedártelo.

No le creí una sola palabra, pues el color del envoltorio que cubría la tableta como una armadura brillaba de un modo que no me recordaba a Alemania del Este. Lo más probable era que León Marino hubiese conseguido el chocolate gracias a sus contactos en el Oeste. ¡Podría denunciarte! Pero no dejé que se me notara que lo había comprendido todo, sino que partí la tableta en dos sin desenvolverla. Una atractiva piel de cacao perla negra quedó al descubierto. Fue una lástima que me supiese demasiado amargo.

—Si sigues escribiendo te daré más. Bueno, en realidad no estoy tan seguro de que tengas mucho más que decir.

León Marino se volvió a poner la máscara de editor ocupado y su mente se sumergió en los papeles.

Espoleada por aquella burda provocación, corrí a casa y me abalancé sobre el escritorio. La sustancia fácilmente inflamable que genera el enfado es muy útil para producir un texto. Permite ahorrar una energía que, en otras circunstancias, habría que extraer de otro sitio. El combustible de la ira no se encuentra en ningún bosque. Por eso estoy muy agradecida a todo el que me enfurece. Al parecer, mis dedos apretaban demasiado al escribir. El plumín no aguantó la presión y se dobló. La sangre azul alpino salió a borbotones de la Mont Blanc y me manchó la tripa blanca. Me había equivocado desvestiéndome por completo a causa del calor. Una escritora nunca debería trabajar desnuda. Me lavé, pero la mancha de tinta ya no se quitó.

Aprendí a llevar una falda de tul, o mejor dicho: a sobrellevarla. Al menos logré no arrancármela. También tole-

ré que me pusieran unos grandes lazos en la cabeza. Iván dijo que debía aguantarlo porque era una niña. A diferencia de los azucarillos, de los que nunca me cansaba, no pude tragarme ese argumento. Me ataban varios trozos de tela a la cabeza, pero eso cada vez me molestaba menos, al igual que los terribles haces de luz que emitían los focos, que ya tampoco me incomodaban. Jamás perdía los nervios, ni siquiera cuando veía ante mí un hervidero de gente. La fanfarria anunciaba mi actuación y yo salía al escenario, completamente iluminado, montada en mi corcel de tres ruedas. La falda de tul me tapaba las caderas, en mi cabeza ondeaba un gran lazo. Me bajaba del triciclo, saludaba a Iván dándole la zarpa derecha y después me subía a una pelota y hacía unos cuantos equilibrios. En mitad de los fragorosos aplausos veía emerger el azúcar sobre la mano de Iván, como si de un manantial de agua se tratara. El dulzor en la lengua y las vaharadas de alegría que despedían los poros de los espectadores tenían un efecto embriagador.

En el transcurso de una semana, logré a duras penas escribir hasta aquí y fui a ver de nuevo a León Marino. Él leyó el manuscrito con avidez, aunque nunca olvidaba mostrar un gesto de indiferencia. Al acabar, hizo un comentario brusco:

—Si en algún momento tenemos un hueco en la producción, podríamos publicar tu texto.

Después me plantó otra tableta de chocolate occidental en la zarpa y se volvió rápidamente, como queriendo ocultar sus pensamientos.

—Por principio no pagamos a los autores. Si necesitas dinero, debes intentar que te acepten en la asociación de escritores.

Un día volé a Riga para asistir a un congreso. Enseguida reparé en que algunos participantes me miraban de reojo, pero no con recelo, como era habitual, sino de otra manera. Aquello olía raro, o bien se me escapaba algo. Durante el descanso, los asistentes formaron pequeños corrillos y se pusieron a cuchichear. Cuando me acerqué a uno de ellos, enseguida empezaron a hablar en letón, con lo cual no entendí una sola palabra. Hui hacia el pasillo y me situé junto a la ventana. Un hombre con gafas se me acercó discretamente y me hizo una revelación:

—¡He leído su obra!

Otro lo oyó y, algo sonrojado, se nos acercó.

—¡Lo que usted escribe me parece interesantísimo! ¡Estoy deseando leer la continuación!

Una mujer que parecía ser su esposa se le arrimó, me sonrió y susurró a su marido:

—¡Sí que has tenido suerte! ¡Estás hablando personalmente con la autora!

Al momento quedé parapetada tras un seto de gente. Poco a poco comprendí que León Marino había publicado mi autobiografía en su revista sin decirme nada. Me pareció algo imperdonable.

El congreso terminó antes de lo esperado, y yo no pensaba en otra cosa que en correr a la librería de la calle principal para preguntar por la revista. El dependiente me respondió que estaba agotada, si es que me refería al último número, del que todo el mundo hablaba. Después me escrutó desde la frente hasta las rodillas y me dio un consejo:

—En el teatro de enfrente representan todas las noches *La gaviota*, de Antón Chéjov. El actor que interpreta el papel de Tréplev ha comprado antes un ejemplar. Actúa esta noche.

Salí de la librería y corrí al teatro, llamé con tanto ímpetu a aquella puerta cerrada que el cristal se rajó. Por suerte nadie me vio, salvo una persona: un joven que hacía una mueca en un cartel. Me guiñó el ojo derecho. Eso no lo vio nadie, solo yo.

Al lado había un parque. Me tomé un vaso de *kvas* y maté el tiempo leyendo los periódicos que había pegados en la pared exterior del quiosco, como si fuesen tiras de papel pintado. Exactamente una hora antes de que comenzara la función, regresé al teatro.

—Tengo que hablar con Tréplev —dije a la taquillera.

—La función empieza dentro de una hora. Ahora mismo no puede hablar con ningún actor.

Fue una negativa escueta, descarnada. No se me ocurrió nada mejor que comprar una entrada, volver al parque y tomarme otro vaso de *kvas*. Pasó una hora y, con gesto ufano, accedí al teatro por la entrada principal y tomé asiento en el patio de butacas. Todo era nuevo para mí. El trabajo en el circo me había absorbido por completo, así que nunca había tenido la oportunidad de contemplar otro escenario, ni mucho menos desde el lado de los espectadores. Además, un grueso muro separaba el mundo del teatro y el del circo, como si fueran el Este y el Oeste. No obstante, había sido un gran error por mi parte rechazar el teatro, al igual que un niño detesta cierta verdura sin haberla probado. Podría haber aprendido mucho del teatro, por ejemplo cómo variar el tempo del programa, o cómo combinar humor y melancolía. De haberlo sabido entonces, cuando todavía actuaba en el circo, me habría regalado una noche de teatro más a menudo.

La representación fue una delicia, la gaviota muerta sobre el escenario me pareció especialmente jugosa.

Al acabar la función me colé hasta el camerino, donde apestaba a polvos. Ante los espejos que colgaban alineados en la pared había desperdigados varios cosméticos de colores. Los actores aún no habían vuelto. Encontré la revista que buscaba, la cogí, la hojeé presurosamente y di con el texto que había escrito. Tenía incluso título. No recordaba haberle puesto un título ni que me lo hubiesen pedido. Seguro que aquel título tan vulgar había sido idea de León Marino: *Salva de aplausos por mis lágrimas*, y para colmo del descaro había añadido *Primera entrega*. ¡Anunciaba una continuación sin consultar a la autora! Era evidente que su arbitrariedad había llegado demasiado lejos.

Oí una mezcla de ruidos en el pasillo y después olí el sudor de los actores, mezclado con un aroma a rosas. Las actrices y los actores dieron un respingo al verme en mitad del camerino. Blandiendo la revista me presenté:

—¡Soy la autora de *Salva de aplausos por mis lágrimas*!

Aquello sonó como una torpe excusa, pero aun así surtió efecto: el susto desapareció de los rostros petrificados de los actores y, en su lugar, asomó la luz de la admiración. El cambio comenzaba alrededor de sus bocas e iba subiendo poco a poco hasta la frente. Sus pestañas empezaron a aletear, coquetas. Pero, por favor, faltaría más, siéntese. Me ofrecieron una banqueta diminuta. Apenas hube apoyado una parte de mi peso en ella, se oyó un crujido que amenazaba con partirla en dos, así que renuncié a sentarme.

—¿Puedo pedirle un autógrafo?

Era Tréplev quien lo preguntaba. Su olor corporal estaba compuesto de jabón, sudor y esperma.

Esa misma noche volé de regreso a Moscú y, envuelta en el olor familiar de mi cama, pensé que me había convertido en escritora, y que en esa trayectoria ya no había

marcha atrás. No logré conciliar el sueño, y el cuenco de leche templada con miel tampoco ayudó. De niña siempre estaba bajo presión: tenía que acostarme pronto para, a la mañana siguiente, poder levantarme temprano y empezar de inmediato con el entrenamiento. En mi caso, hubo todavía una fase anterior a la infancia en la que no se oía el tictac de ningún reloj. Yo contemplaba la luna, notaba los rayos de sol en la piel y percibía con exactitud la lenta alternancia entre claridad y oscuridad, con pequeñas variaciones. El dormir y el despertar no eran un asunto privado, sino cosa de la naturaleza. Con el inicio de la infancia, la naturaleza terminó. Quiero averiguar qué me sucedió antes.

Estaba en mi cama de siempre, mirando fijamente el techo, donde descubrí una gamba, que, en realidad, solo era una mancha. De pronto apareció el rostro delgado de Tréplev, aunque no se parecía en nada a la gamba. Durante los próximos días, semanas, meses y años actuará sobre el escenario, se enamorará de alguien y en algún momento morirá. ¿Y yo? Yo moriré antes. ¿Y León Marino? Ese morirá incluso antes que yo. Una vez fallecemos todos los seres vivos, nuestros deseos incumplidos y las palabras no pronunciadas siguen flotando en la estratosfera sin nosotros, se mezclan entre sí y permanecen sobre la Tierra en forma de niebla. ¿Cómo verán los vivos esa niebla? A lo mejor ya no se acuerdan de los muertos y, simplemente, mantienen una conversación banal sobre el tiempo, por ejemplo: «Sí que hay niebla hoy, ¿verdad?»

Cuando me desperté era casi mediodía. Sorprendí a León Marino trabajando.

—¡Dame el último número de tu revista!

—No nos quedan ejemplares. Está agotada.

—Has publicado mi autobiografía.

—Es posible.

—¿Y por qué no me envías un ejemplar justificativo?

—Ya sabes, los envíos muchas veces los censuran. Iba a llevarte un ejemplar en persona, pero como ves siempre estoy muy ocupado, y el que te había reservado ha desaparecido. Pero tú no necesitas leer el texto otra vez. Sabes de sobra lo que has escrito.

Su rostro no revelaba ni un ápice de remordimiento. Por qué habría de sentirlo. Tenía razón: yo no necesitaba leer mi propio texto.

—Por cierto, tienes que entregar la segunda parte a primeros de mes como muy tarde. ¡Que no se te pase! —dijo León Marino y carraspeó.

—Pero ¿por qué has anunciado una serie sin consultarme?

—¿Sería una lástima que una vida tan apasionante no se contara hasta el final! —Su comentario adulador me apaciguó por un momento, pero luego recordé que me había hecho algo imperdonable.

—Sabes de sobra que por mi constitución física desconozco lo que son las lágrimas. ¿A qué viene un título tan estúpido?

León Marino se frotó las manos, como buscando el fermento adecuado para amasar un nuevo pan hecho de mentiras. Me mantuve en un tono hostil:

—¿Cómo se te ocurre poner un título cualquiera? ¡Párate al menos a pensar en el significado de las palabras! Las lágrimas tienen que ver con la sentimentalidad de las personas. A mí solo me importan el hielo y la nieve. ¡No puedes dejar que se derritan para convertirlos en lágrimas!

León Marino hizo una mueca y movió las barbas. Parecía que, al fin, había encontrado la manera de darle la vuelta al asunto.

—Tú oyes la palabra «lágrimas» y enseguida piensas que

son las tuyas. Pero el mundo no gira a tu alrededor. No eres tú, son los lectores quienes deben derramar lágrimas. Y tú tampoco tienes que llorar, solo tienes que cumplir con el plazo de entrega.

Me dejé intimidar por semejante descaro, me sentí como una pequeña otaria con las cuatro extremidades atrofiadas, pero la realidad era que tenía un poderoso aparato prensor y locomotor para poder atacar al enemigo. León Marino me escupió sus últimas palabras.

—¿Has terminado ya de interpretar tu papel? Entonces ¡largó de aquí! Tengo mucho que hacer.

En lugar de abofetearlo, le saqué la lengua, que recordaba cierto sabor dulce.

—Por cierto, ese chocolate occidental que me regalaste no estaba mal. ¿Tienes un buen contacto al otro lado?

León Marino perdió la paciencia, con dedos nerviosos sacó una tableta de chocolate del cajón y me la lanzó.

Nada más cerrar la puerta de casa, me senté al escritorio. Seguía estando furiosa, el impulso creativo se me aferró al tobillo como un grillete y no me soltó. Ya en la Edad Media había hombres como León Marino, que tendían trampas en el bosque para cazar un oso vivo. Después adornaban al animal con flores y lo obligaban a bailar en la calle. El pueblo lo celebraba, aplaudía entusiasmado y le arrojaba monedas. Los caballeros y los artesanos despreciaban vilmente al oso, pues el animal parecía un artista callejero que coqueteaba con el pueblo, lo adulaba, se sometía y era un ser dependiente. Ahora bien, el objetivo del oso era otro muy distinto: alcanzar el éxtasis junto con el público o comunicarse con los espíritus y los muertos a través de la música y el baile. El oso no sabía quién era el pueblo ni qué significaba coquetear.

Ya de niña estaba todos los días sobre el escenario, pero nunca me enteraba de lo que se representaba el resto del tiempo. A veces oía el rugido de un león, pero nunca vi actuar a ninguno.

Además de Iván había otras personas que trabajaban para mí. Una de ellas me traía cubitos de hielo y me los tiraba al suelo; otra recogía mis cacharros. Mientras dormía, ellos hablaban en voz baja o se movían con sigilo y de puntillas para no despertarme. Aquello me divertía, pues aunque estuviese dormida, bastaba que un solo ratón diminuto se sonase la nariz con guantes de terciopelo en la otra punta de la habitación para que yo me enterara. El cuerpo de Iván y de los demás despedía un olor tan fuerte, que mi nariz era incapaz de no percibir su presencia, por muy profundo que fuese mi sueño.

El olfato era para mí el más fiable de los cinco sentidos, cosa que se ha mantenido hasta hoy. Cuando oigo una voz, eso no siempre significa que su dueño esté presente. También un gramófono o una radio pueden reproducir voces. De la vista no me puedo fiar. Una gaviota disecada o una persona disfrazada con una piel de oso no son más que un envoltorio para engañar a mis ojos. Pero un olor no logra confundirme tan fácilmente. Soy capaz de oler si una persona fuma, si le gusta comer cebolla, si estrena zapatos de piel o si tiene la regla. El aroma de un perfume no puede ocultar el olor a sobaco o a sudor ni el olor a ajo. Todo lo contrario: los potencia, cosa que, al parecer, los seres humanos ignoran.

Un paisaje nevado cubrió mi campo visual. No había un color distinto del blanco en kilómetros a la redonda. Tenía el estómago vacío, sentía punzadas de hambre y pronto percibí un olor a topillo nival. No se le veía, estaba excavando un túnel bajo tierra. El túnel no era muy pro-

fundo, aplasté el hocico contra el suelo nevado y seguí el rastro del topillo, que se desplazaba. No podía ver nada, pero era fácil saber dónde estaba en cada momento. ¡Aquí! ¡Al ataque! Me desperté. La superficie blanca que tenía ante mí no era un campo nevado, sino una hoja de papel en blanco.

Mis retinas recuerdan perfectamente mi primera rueda de prensa. Cada cinco segundos notaban el pinchazo de un flash. Iván parecía petrificado dentro de aquel traje, que se abombaba por los hombros y a la altura del pecho. A diferencia de cualquier función del circo, en la sala solo había diez personas.

—¡Estate atenta, esto es una rueda de prensa!

Iván puso en mi oído la extraña expresión «rueda de prensa». Nos sentamos en el estrado como corresponde, uno junto al otro. Nos cayó otro aguacero de flashes. Al otro lado de Iván estaba su superior, cuyo olor capilar y cuyo movimiento de dedos, cobarde y aparentemente sádico a la vez, despertaban mi agresividad. De haber estado más cerca, le habría enseñado los colmillos de inmediato. El superior parecía intuir el rechazo que me provocaba y nunca se acercaba demasiado.

—El circo es un entretenimiento de primer orden para la clase obrera, ya que...

El superior pretendía añadir un poco de chicha a su famélico discurso, hasta que fue interrumpido por la pregunta de un periodista:

—¿Le ha mordido alguna vez un depredador?

El superior no tenía ninguna respuesta preparada. El bombardeo de preguntas recayó entonces sobre Iván. Le llovían como confeti de colores y lo confundían.

—¿Es cierto que usted habla el lenguaje de los osos?

—Eso de que los osos roban el alma de una persona y luego esta muere de forma prematura, ¿es solo una superstición?

Iván murmuró palabras incomprensibles, como «Hm, eh, yo, en realidad, disculpen, en una palabra, eh, eso no quiere decir que...».

A pesar de sus no respuestas, la semana siguiente se publicaron extensos artículos sobre nosotros no solo en nuestro país, sino también en Polonia y en la RDA.

Debo reconocerlo: mi vida no cambió hasta que me convertí en escritora. Para ser más exactos, no fui yo quien se convirtió en nada, sino que fueron las frases que había escrito las que me convirtieron en escritora, y ese no fue ni mucho menos el final de la historia: un resultado llevaba a otro y poco a poco fui arrastrada hacia un lugar cuya existencia desconocía. La escritura era una acrobacia más arriesgada que bailar sobre una pelota en movimiento. Para aprender a bailar sobre una pelota había que partirse el lomo, cosa que literalmente ocurrió durante un ensayo, aunque acabé logrando mi objetivo. Al final tuve la certeza de que podía hacer equilibrios sobre un objeto en movimiento, mientras que sobre la escritura no puedo decir nada parecido. ¿Hacia dónde se dirigía la pelota de la escritura? No podía seguir en línea recta, porque entonces me caería del escenario. Mi pelota debía girar sobre su propio eje y, al mismo tiempo, moverse alrededor del escenario, igual que la Tierra alrededor del Sol.

Escribir me costaba tanto esfuerzo como salir de caza. Cuando olfateaba una presa, lo primero que notaba era desesperación: ¿lograré atraparla o volveré a fracasar? Para el cazador, ese sentimiento de inseguridad estaba a la orden del día. Con demasiada hambre era incapaz de cazar.

Antes habría preferido comerme un menú de tres platos en un restaurante de lujo. Además, antes de cada salida de importancia me gustaba dar suficiente descanso a mis extremidades. Mis ancestros pasaban todo el invierno adormilados y guarecidos en sus cuevas. Ojalá también yo pudiera retirarme, al menos una vez al año, hasta que la primavera me viniese a buscar. Un invierno de verdad no conoce la luz ni el ruido ni el trabajo. En las grandes ciudades el invierno fue menguando y, con él, también las dimensiones de la vida.

El recuerdo de mi primera rueda de prensa quedó nítidamente grabado en mi cerebro, como si estuviese pintado; en modo alguno se difuminó, pero soy incapaz de recordar qué pasó después. Un trabajo sucedió al otro. Durante diez años trabajé sin descanso, con un ardor que no dejaba espacio al invierno. Todo lo que me molestaba y lo que me hería se transformaba de inmediato en abono para mi carrera, de ahí que no me quedase ningún recuerdo.

Mi repertorio fue creciendo, mi vocabulario se fue ampliando, pero jamás volví a experimentar una sorpresa tan grande e iluminadora como la que me llevé entonces, cuando comprendí por primera vez en qué consistían las artes escénicas. Tenía que ensayar continuamente números nuevos, lo cual me hacía sentir como la obrera de una fábrica. Por mucho que el encargo fuese distinto y más difícil cada vez, todo me parecía monótono y no me sentía orgullosa del resultado. «El trabajo en el circo también se puede parecer a una cadena de montaje.» En una ocasión defendí este argumento en un congreso sobre «El orgullo de la clase obrera».

León Marino leyó mi nuevo manuscrito y dijo:

—Mejor que no seas tan crítica con la política. Tu filosofía también me aburre. Los lectores prefieren saber cómo llegaste a dominar el excelso arte del escenario sin perder tu lado salvaje, y cómo te sentiste durante todo ese proceso. Lo que importa son tus experiencias, no tus ideas.

No sé por qué, pero su opinión me enfureció, y en el camino de regreso paré en el mercado de abastos estatal, me compré un tarro de miel y me lo zampé de un solo zarpazo. A partir de entonces dejé de escribir sobre temas políticos, aunque no siempre sepa exactamente qué es político y qué no.

Cabría pensar que nací con un talento acrobático y que, gracias a un duro entrenamiento, logré perfeccionar mis habilidades, cuyos frutos mostraba orgullosa al público: esta interpretación es un completo error. Profesionalmente no tuve otra opción, y de talento nunca se habló. Yo conducía el triciclo y, a cambio, me daban azucarillos. Si en vez de eso hubiese lanzado el triciclo a un rincón, ya no me habrían dado más comida, sino latigazos. Iván tampoco tuvo otra opción. Ni siquiera el pianista, que no dependía del circo y que solo tocaba para nosotros esporádicamente, se había parado a pensar si tenía ganas de tocar o no. Día tras día nos empujaban hacia un callejón sin salida, y nosotros hacíamos lo mínimo para sobrevivir, lo cual, a su vez, exigía el máximo esfuerzo. Yo no era una víctima de la violencia de Iván. Ni un solo movimiento de los que mi cuerpo hacía en escena era superfluo o innecesario, es decir, que no era el resultado de una violencia externa.

En la vida no tenemos elección, pues aquello que sabemos hacer, comparado con la vida, no es tanto como

creemos. Ahora bien, si no somos capaces de lograr ese poquito al cien por cien, no podemos sobrevivir. Y este principio básico no debe de ser muy distinto en el caso de los jóvenes malcriados por una sociedad acomodada.

➤ A poco que mi capacidad física, el impulso de Iván o el interés del público hubiesen disminuido, nuestro espectáculo habría fracasado.

➤ Mi texto, publicado rápidamente debido al incorrecto proceder del editor, atrajo la atención de los lectores extranjeros que dominaban el ruso. Un eslavista de Berlín apellidado Eisberg tradujo la primera parte de mi autobiografía al alemán y la publicó en una revista literaria. La traducción cosechó una crítica entusiasta en un periódico alemán no menor. El buzón de la editorial se inundó de cartas en las que los lectores preguntaban por la próxima entrega. Cuando en Berlín se publicó la primera parte, aquí en Moscú salió la segunda. El original y su traducción comenzaron a interpretar una fuga. A mi modo de ver, aquello se parecía más al juego del gato y el ratón que a una noble composición musical. Y como ratón, yo cada vez tenía que correr más rápido para que el gato no me cazase.

➤ Seguro que no fue el señor Eisberg quien publicó mi texto ilegalmente. Era muy probable que León Marino le hubiese vendido los derechos de traducción sin decirme nada. Convertido en moneda occidental, mi texto acabó en el bolsillo del editor. Después de que la portera me ilustrase sobre lo sucedido, fui a ver a León Marino para pedirle una explicación. Él afirmó no saber nada al respecto. El grosor de su piel nunca permitía adivinar si estaba mintiendo o no. Luego me dio la espalda y, para colmo, se permitió un comentario insolente:

—Harías mejor empleando tu tiempo en escribir, en vez de en gestionar tus derechos de traducción.

Sus palabras penetraron en mi estómago y lo volvieron del revés; me habría encantado desembucharlas. Se me ocurrió una idea malvada para vengarme, y aunque me parecía repugnante, no se me iba de la cabeza. Desde una cabina telefónica llamé al portero del edificio donde anidaba la editorial Estrella Polar y le conté que León Marino guardaba moneda occidental en grandes cantidades. Era muy probable que el portero estuviese enterado desde hacía tiempo; es más, podía ser que él mismo sacase algún beneficio, pero a partir de ese momento tuvo que contemplar la posibilidad de que la propia policía secreta fuese la autora de la llamada anónima, con objeto de poner a prueba su lealtad. Por esa razón, el portero no se podía permitir ignorar el aviso ya que, si lo hacía, él mismo corría grave peligro de acabar en prisión. Así que primero informó a León Marino y luego lo denunció a la policía secreta. Ahora bien, todo esto no son más que elucubraciones mías. Durante el registro de la oficina de León Marino, la policía no encontró ni una sola tableta de chocolate occidental, ni mucho menos billetes extranjeros.

Más adelante me llegó el rumor de que una señora de Odesa había comprado un Toyota, blanco como la nieve, a un griego que había ido a tomar las aguas a un balneario. Los vecinos se sorprendieron de que la señora tuviese tanto dinero occidental. León Marino había sido visto en Odesa poco antes. Un testigo contó que el león había entrado sigilosamente en la mansión donde vivía la señora, cargado con una bolsa grande de deporte. En mi cabeza pronto se montó la siguiente escena: gracias a la venta de los derechos de traducción, León Marino había conseguido

mucho dinero occidental y había regalado un coche a su concubina de Odesa.

Para mí fue una auténtica desgracia que el señor Eisberg fuese un buen traductor. Transformó mis frases oscuras en alta literatura, que pronto mereció los elogios de un prestigioso diario occidental. Sin embargo, ningún crítico ensalzaba la calidad poética de mi autobiografía. Los halagos se basaban en criterios muy distintos, de los que yo no tenía ni idea.

Por aquel entonces, en la República Federal de Alemania surgió un movimiento de protesta contra la explotación de los animales circenses. Sus representantes afirmaban que el adiestramiento violaba los derechos de estos seres vivos. Según ellos, los animales del bloque del Este estaban todavía más oprimidos que los del Oeste. En el Este se publicó un libro titulado *El adiestramiento del amor*, escrito por una tal Dra. Aikowa, cuyo padre era zoólogo. Tal vez por ese motivo había logrado adiestrar a tigres y lobos siberianos en las artes escénicas sin necesidad de recurrir al látigo ni a otro tipo de amenazas. El libro constaba en su mayor parte de entrevistas, en las que la autora hablaba de su trato cariñoso con los animales. Varios periodistas occidentales lo tomaron como una provocación. «Los animales salvajes jamás se interesarían por un escenario, a no ser que los seres humanos los obligasen por la fuerza. Lo único que pretende Aikowa es justificar su circo, que no es arte ni nada que se le parezca, un circo con el que el socialismo quiere seguir obteniendo moneda occidental.» Esa era, a grandes rasgos, la opinión de los periodistas indignados. Mi autobiografía les pareció una prueba del maltrato animal por parte del socialismo.

No pasó mucho tiempo hasta que la autoridad competente se percató de la fama que mi libro había adquirido en

el Oeste. Un día, León Marino me comunicó por telegrama que no podíamos continuar con la autobiografía. Me enfadé mucho con él, pero en lo concerniente al futuro de mi escritura, no me cabía la menor duda: seguiría escribiendo aunque León Marino ya no quisiese publicar nada mío. A lo mejor hasta encontraba otra editorial más seria. Se acabaron los dardos envenenados con los que León Marino intentaba extraer nuevos renglones de mis zarpas. Ya no me plegaría a los deseos de nadie, me retiraría a escribir y disfrutaría de la intimidad, a dúo con mi pluma.

Mi vida se tranquilizó, como una chimenea cuyo fuego lleva tiempo extinto. Antes no podía comprar unas cuantas latas en una tienda sin que me abordase algún admirador, pero ahora ya nadie se acercaba. Ni siquiera en mitad del gentío que acudía al mercado semanal mi mirada se topaba con otra. Todas huían de mí como moscas efímeras, no lograba atrapar ninguna. Lo cierto es que me alegraba cuando el cartero traía una carta de mi empleador, pero solo decía que ni se me ocurriera presentarme en la oficina hasta que la situación mejorase. Tampoco era necesario que supervisara el nuevo proyecto con los músicos cubanos, puesto que ahora se encargaba otra persona. Y tampoco llegaban invitaciones a congresos.

Era obvio que la revista de León Marino no ostentaba el monopolio literario del país, pero curiosamente no me contactaba ninguna otra publicación. Todo el mundillo literario se había puesto de acuerdo para ningunearme. Solo de pensarlo se me revolvió la bilis y di un puñetazo encima de la mesa. Fue una reacción espontánea; después me di cuenta de que tenía un bolígrafo en la mano. Demasiado tarde.

El cuello se había roto, la cabeza se quedó clavada en la carne del escritorio, mientras su cuerpo permanecía en mi zarpa.

Antes, cualquier acto simbólico me resultaba ridículo, por ejemplo me parecía absurdo ver a un autor bípedo romper su pluma en señal de protesta contra la censura. Pero ahora he sido yo la que ha roto el bolígrafo. Pensaba que algo que se usa para escribir me serviría como asidero en tiempos de crisis, pero en realidad era tan frágil como el brazo de un bebé.

...fin de extracto — la novela sigue...